

el tratado del 24 de marzo: «Ahora somos cómplices, ¿no es verdad?» y más claramente lo demostró deteniendo á Garibaldi que quería correr á su ciudad natal para influir allí en la votación en sentido contrario á Francia, enviándole un billete con sólo estas palabras: «¿Niza ó Sicilia?» En vista de esto el valiente general, á pesar de su rencor amargo por el abandono de su tierra natal, se dirigió á Sicilia para emanciparla del dominio del rey de Nápoles.

VI

LA EXPEDICIÓN DE LOS MIL

En varias ocasiones, el agitador Mazzini había intentado lanzar un buen golpe de sus partidarios republicanos sobre las costas de la Italia meridional, confiando en que la insurrección remontaría del Sur hacia el Norte, llegaría á Nápoles y á Roma y finalmente se desbordaría por todas partes. Con tal objeto á principios de julio de 1859 llamó á un desterrado siciliano, Francisco Crispi, que entonces se hallaba en Londres, y le confió la misión de pasar á su patria con objeto de provocar en ella un alzamiento. Crispi consiguió desembarcar en agosto en Sicilia, pero pronto conoció que las instrucciones de Mazzini tenían mucho de quiméricas. La mayoría de los patriotas se habían afiliado á la *Sociedad nacional* bajo los auspicios de La Farina, antiguo partidario de Mazzini, pero adherido á la sazón á Víctor Manuel, y apenas respondieron al llamamiento: preparóse, sí, un movimiento insurreccional, primero para el 4 y luego para el 11 de octubre; pero habiéndose aplazado finalmente, Crispi tuvo que salir de Sicilia, refugiarse en Malta y pasar luego á la Italia central. Este fracaso excitó al partido de la Asociación nacional, que no quería que los republicanos se enseñorearan de la isla, á desarrollar más actividad y energía, á cuyo fin La Farina, desde el mes de enero de 1860, hizo repartir en Sicilia millares de proclamas pidiendo su anexión á la monarquía de Víctor Manuel.

Cavour había deseado hacía mucho tiempo una alianza leal con el gobierno de Nápoles, pues recelando que la revolución pudiera dar por resultado la expulsión de los Borbones, sería fácil que Napoleón deseara sentar en aquel trono al príncipe Murat, de suerte que el gobierno del Piamonte no tenía interés alguno en que se derribara al joven rey Francisco II mientras éste mostrara amistad á Cerdeña.

Pero con la agitación de Sicilia y el estado de las cosas en Roma cambió la posición de Cavour. Desde principios de marzo la diplomacia francesa trabajó para realizar el plan de encargar al rey de Nápoles de la ocupación militar del Estado de la Iglesia y en particular de las Marcas y la Umbría. El Papa y su ministro Antonelli eran favorables á este plan, sólo que no quisieron proponerlo directamente á Francisco II y solicitaron que Napoleón tomara la iniciativa en el asunto. El emperador accedió; pero no hubo medio de hacer tomar al rey de Nápoles una decisión, á pesar de asegurarle que Víctor Manuel

estaría conforme con ella. La verdad era, sin embargo, que Cavour se había declarado conforme con la condición de que Francisco II empezara por reconocer la incorporación de la Romaña á los Estados de Víctor Manuel, y que de este modo manifestara que no tenía intención de reclamar la restitución de esta provincia. Esta condición no fué aceptada, y Cavour se convenció, según dice Chiala en sus *Cartas de Cavour*, de que «pronto se vería obligado á formar un plan que hubiera querido madurar más.» Predijo al embajador francés en Turín que el alejamiento de las tropas de Nápoles tendría por resultado la sublevación de aquella capital y la de Sicilia, y le aseguró que también el gobierno inglés dudaba del mantenimiento del *statu quo* y que por este motivo había enviado hacia pocos días una escuadra á las aguas de Nápoles. Para mayor seguridad se informó en 30 de marzo del marqués de Villamarina, embajador piomontés en Nápoles, sobre las fuerzas con que contaban los muratistas, los republicanos y el partido anexionista. Conocedor de los proyectos de los garibaldinos, pues por mediación de La Farina y de algunos otros tenía todos los hilos de las tramas del partido democrático, preguntó á dicho diplomático si era posible crear en las Dos Sicilias una corriente anexionista análoga á la que se había producido en Toscana. La respuesta del embajador fué clara: en las provincias de tierra firme no había que pensar en semejante manifestación; pero en Sicilia la idea de la anexión estaba bastante arraigada.

Pocos días después, el 4 de abril, estalló una insurrección en Palermo, empezando con un fracaso, pues los conspiradores, reunidos en un convento, fueron cercados y vencidos por las tropas napolitanas, mucho más numerosas: sus compañeros de la ciudad huyeron á las aldeas y caseríos vecinos, donde consiguieron sostenerse y molestar en gran manera á las fuerzas reales. El general Salzano, gobernador militar de la capital, pidió refuerzos á Nápoles, con los cuales llegó á reunir trece mil hombres; pero á pesar de sus esfuerzos no pudo dar ningún golpe decisivo. Lo mismo sucedió en Mesina, Marsala, y otras ciudades, mientras el elemento joven de las poblaciones salió en grandes turbas y se reunió en las montañas. Desde el 10 de abril se encontraba en la isla un amigo de Garibaldi, Rosalino Pilo, el cual la recorrió en todas direcciones, animando á las poblaciones con la noticia de que el héroe nacional desembarcaría pronto en Sicilia con voluntarios. Igual efecto produjo la llegada de buques de guerra ingleses, franceses y piomonteses á los puertos de Palermo y Mesina.

Garibaldi estaba en aquel entonces en Turín, donde el Parlamento acababa de inaugurar sus tareas. Nino Bixio, antiguo compañero del general, fué á verle acompañado de Crispi, y le pidió que se pusiera á la cabeza de una expedición armada que prestara auxilio á los insurrectos. La respuesta reveló alguna indecisión; pero vencido por las instancias de sus amigos, acabó por ceder; sin embargo, dijo que no quería obrar si el levantamiento de Sicilia no ofrecía serias probabilidades de duración, de lo contrario el socorro exterior llegaría después del triunfo de la reacción.

Por su parte Cavour, noticioso de la aventurada empresa que se proyectaba, mientras acompañaba al rey en su viaje por las provincias de Toscana recién anexionadas, le dejó en Pisa, y embarcándose en Liorna so pretexto de visitar la Spezzia, llegó el 22 á Génova, cerca de cuya ciudad se había establecido también Garibaldi en la quinta Spínola, junto al pueblo de Quarto. Cavour conferenció con Sirtori, uno de los compañeros de Garibaldi, que aludió á una empresa posible contra las Marcas. «No, no, contestó Cavour, nos opondremos á ello con todas nuestras fuerzas; pero cuando el mismo Sirtori le habló de la expedición á Sicilia, la aprobó y hasta con tanto calor que respondió: «Está bien, hay que empezar por el Sur para remontar hacia el Norte; esté usted seguro de que cuando llegue el momento, no cederé á nadie en audacia.»

A pesar de esto, el ministro piomontés temblaba ante los riesgos de tan extraordinaria aventura, y á pesar de su resolución vacilaba. También vacilaba Garibaldi, pues las noticias de la insurrección de Sicilia eran sobrado contradictorias, y por ello dijo el 29 de abril que iba á volverse á Caprera; pero el 30 Bixio y Crispi llegaron á la quinta Spínola con cartas y despachos en los que se aseguraba que la insurrección, lejos de apaciguarse, iba creciendo, y entonces Garibaldi, lleno de entusiasmo, exclamó: «Marchemos, pero marchemos en seguida.»

Para la invasión de Sicilia se necesitaban soldados, armas y barcos.

Fácil fué proporcionarse los primeros. Garibaldi, que había sido defensor de la república romana en 1849 y después jefe de cuerpos francos en la guerra con el Austria, contaba con gran número de partidarios que sólo esperaban una señal para agruparse á su alrededor. A los pocos días del llamamiento pululaban los voluntarios en Génova. En cuanto á las armas, se las facilitó Cavour bajo mano. Absteniéndose este ministro de todo auxilio ostensible á la empresa de Garibaldi, conservó con él cierto contacto por medio de La Farina, y mientras embargaba en Milán quince mil fusiles que había adquirido el partido de acción, enviaba á Garibaldi, por conducto del mismo La Farina, mil fusiles y ocho mil francos. Con esto quedó equipada la gente, que llegó á un efectivo de algo más de mil hombres: de aquí la apelación de los *mil*, con que fué designada la expedición en lo sucesivo.

Restaba proporcionarse medios de transporte, de lo cual se encargó Bixio. En el puerto de Génova había dos vapores, el *Lombardo* y el *Piamonte*, pertenecientes á la compañía Rubattino. El director de la Compañía consintió en que los dos vapores sirviesen para la empresa, pero con la condición de que se garantizara su importe y de que se simulara un ataque en el momento de la partida para que las tripulaciones pudieran alegar que habían cedido á la violencia. Por casualidad cerca de los dos vapores había un barco viejo é inservible, y en él se amontonaron las cajas de fusiles, las municiones y los equipajes, de suerte que en la noche de la marcha no hubo más que hacer sino trasladarlos á bordo de aquéllos. Todos estos preparativos se hicieron á ciencia y paciencia de las autoridades, que no vieron nada ni observaron nada.

El plan se llevó á efecto tal como se había preparado. En la noche del 5 al 6 de mayo, después de apoderarse los voluntarios de los dos vapores tras un combate fingido con sus tripulantes, Garibaldi pasó á bordo vestido con su traje tradicional, la camiseta encarnada, el sombrero y el poncho americano: los vapores salieron del puerto y al rayar el alba fueron alcanzados por las embarcaciones procedentes de la playa de Quarto, en las que iban todos los hombres de la expedición en número de mil ochenta y cinco, los cuales subieron á bordo de aquéllos, que se alejaron en seguida con rumbo al Sur.

Al otro día, la grave noticia circuló por Génova. Los cónsules telegrafiaron á sus gobiernos, las cancillerías se agitaron y los embajadores reclamaron. En Francia la prensa oficiosa trató de tranquilizar al público. *La Patrie*, después de anunciar la empresa de Garibaldi, añadía: «No necesitamos decir que el gobierno piemontés reprueba esta conducta, que no tan sólo es un acto de insubordinación, sino una verdadera traición respecto á él.»

La reprobación del gobierno piemontés era ficticia. Como queda dicho, Cavour no había opuesto obstáculos á la partida de la expedición, antes bien la protegió por temor de que Garibaldi atentara contra el Estado de la Iglesia, y hasta envió órdenes al capitán del buque de guerra piemontés estacionado en Palermo, para que no se cuidara del objeto del desembarco ni interviniera de modo alguno en él. Además, ordenó al almirante Persano, que con su escuadra estaba en el golfo de Cagliari, que detuviera á los barcos garibaldinos si tocaban en algún puerto de la isla de Cerdeña, pero que los dejara seguir su camino si navegaban por alta mar.

En tanto la expedición se acercaba á las costas de Sicilia, y en la mañana del 11 de mayo se supo que entonces no había ningún buque de guerra napolitano en el puerto de Marsala, por lo cual se resolvió efectuar allí el desembarco y no en Sciacca, como había sido el plan primitivo. En aquel puerto hallaron dos buques ingleses que por una feliz casualidad habían llegado aquella mañana. *El Piemonte*, que era el mejor andador, entró sin tropiezo en el puerto y desembarcó á toda prisa su gente. Pero *El Lombardo*, que había quedado rezagado, fué avistado por dos barcos de guerra napolitanos, que le dieron caza, y mal lo hubiera pasado, cogido entre éstos y las baterías de tierra, si el capitán de uno de los buques ingleses no hubiera impedido que unos y otros rompiesen el fuego, contestando al ruego de los napolitanos para que se retirase que antes tenían que embarcar á la mayor parte de sus oficiales que estaban en tierra. Con esto pudieron retardar el ataque dos horas, durante las cuales los garibaldinos desembarcaron con felicidad con todo su material de guerra. Los dos vapores cayeron, por supuesto, en poder de los napolitanos; pero por otra parte la débil guarnición de Marsala evacuó esta plaza sin combatir.

La insurrección de Sicilia parecía tocar á su fin, y sin duda por esto y por ser Marsala una ciudad comercial que no podía ganar nada con las rebeliones, la acogida que se hizo á Garibaldi fué bastante fría. Por esto sin duda, y también

por evitar desmanes, trasladó éste dos días después su cuartel general á Salemi, donde permaneció tres días esperando reclutas que debían llegar del interior. Habiéndose elevado el efectivo de su gente á unos cuatro mil hombres, se puso en marcha para Palermo, y el 15 de mayo tuvo un encuentro en Calatafimi con dos mil hombres de tropas napolitanas mandadas por el general Landi, á los que tuvo la suerte de derrotar. El efecto moral de esta victoria fué grande, porque produjo el levantamiento de toda la población en la línea de retirada de Landi hasta Palermo y aumentó el número de los voluntarios. Garibaldi se había proclamado en Salemi dictador de la isla, y al llegar á Alcamo el 17, organizó un gobierno en nombre del rey Víctor Manuel, encargando á Crispi de la cartera de Estado.

Entretanto Cavour, que había regresado á Turín en la noche del 5, había esperado con gran ansiedad las noticias de la expedición. Dominábale el temor de que Garibaldi, una vez en alta mar, lejos de navegar hacia Sicilia, tocara en algún puerto de los Estados de la Iglesia; de lo cual podría resultar un choque con las tropas francesas y tener esto funestas consecuencias. Cuando llegó por fin la noticia del desembarco en Marsala, el ministro piemontés respiró libremente. Tranquilizado por esta parte, tenía sin embargo que arrostrar las reconvenciones de Europa, sobre todo las de Rusia, Prusia y Austria, pero les daba poca importancia. El lenguaje de Francia le preocupaba más. El embajador francés Talleyrand no omitió ninguna muestra de reprobación, le recordó con acrimonia las anteriores advertencias y manifestó su extrañeza de que, tan cuidadoso de detener algunos reclutadores de voluntarios pontificios, no pudiera hacer otro tanto con los demás. Cavour salió del apuro negando toda participación en la empresa, diciendo que la ignoraba, que la lamentaba, y para que nadie lo pusiera en duda, la desaprobó públicamente en la *Gaceta oficial*.

El 22 de mayo llegó Garibaldi á Parco, á diez kilómetros de Palermo, y poco más allá se reunió con los voluntarios sicilianos que Lamassa había reunido. Durante este tiempo el coronel Bosco, que había salido de Palermo con unos seis mil hombres en busca de Garibaldi, marchó hacia Corleone, alejándose así muchas leguas de la capital. Garibaldi aprovechó la ocasión para efectuar un ataque contra Palermo.

La primera embestida, dada en la madrugada del 27, tuvo un brillante éxito. Los voluntarios se apoderaron á la bayoneta de una de las puertas de la ciudad, y rechazaron paso á paso á la guarnición hacia el palacio real y el castillo donde se reconcentró. La población hizo causa común con los libertadores y empezó á levantar barricadas; mas á pesar de esto era difícilísima la situación de Garibaldi, porque iban faltando á los suyos las municiones, y además porque el general napolitano Lanza, que desde el 18 de mayo tenía el mando en jefe, dió orden de bombardear la ciudad, como así se efectuó, causando el bombardeo grandes estragos. El almirante Persano llegó en esto á la rada de Palermo con sus buques de guerra piemonteses y proporcionó á Garibaldi cañones y muni-

ciones, pero de noche y en secreto. Cansado el general Lanza de ver tan inútil destrucción como la producida por las bombas, falto de víveres y deseando desembarazarse de sus muertos y heridos, pidió el 30 un armisticio que se prolongó dos veces, hasta que el 6 de junio se decidió á capitular, abandonando la capital y obteniendo libre salida para sus tropas, cuyo embarque duró catorce días. El 20 de junio las últimas fuerzas reales evacuaron la ciudad.

Aquel mismo día Garibaldi recibió de refuerzo dos mil quinientos voluntarios que le llevó Médici desde Génova. Con éstos y la fuerza que tenía formó tres divisiones con orden de marchar por distintos caminos á reunirse delante de Mesina. Una de ellas iba al mando de Bixio, la otra al de Turr y la tercera al de Médici: las dos primeras no encontraron resistencia notable, pero contra la de Médici salió de Mesina el coronel Bosco con cuatro mil hombres y tomó posición el 17 de julio en la angosta península de Milazzo. Al saber esto Garibaldi, que había recibido entretanto otro refuerzo de mil quinientos hombres llevados por Cosenz desde Génova también, marchó á reunirse con Médici y resolvió atacar á Bosco el 20 de julio. Rudo fué el combate, que duró casi todo el día; mas al fin descalabrados los napolitanos tuvieron que retirarse al fuerte de Mesina, mientras los garibaldinos ocuparon la ciudad y se fortificaron en ella levantando barricadas. Tres días después tuvo que capitular Bosco cumpliendo las instrucciones recibidas de Nápoles, obteniendo libre salida el 28 de julio. Las tropas reales entregaron á Mesina sin combate, porque el gobierno napolitano, convencido de que no podía conservar la isla, se había decidido á evacuarla y á salvar las tropas que allí tenía para la defensa del continente.

Garibaldi había realizado en pocos días su plan, arrancando al cetro de los Borbones de Nápoles la isla de Sicilia: veremos ahora cómo realizó la segunda.

VII

NÁPOLES. — CASTELFIDARDO. — GAETA

Cuando se recibieron en Nápoles las noticias del desembarco de Garibaldi, de la ocupación de Marsala, del combate de Calatafimi y por fin de la toma de Palermo, todo fué estupor, cólera y confusión en el gobierno. El rey era joven, sin experiencia, abrumado bajo el peso de las faltas de su raza, y estaba rodeado de consejeros cuyas opiniones contradictorias sólo servían para aumentar la indecisión, cuando lo que en aquellos momentos convenía era una resolución pronta y enérgica.

Francisco II se dirigió á las cortes extranjeras con amargas quejas y acusaciones contra el Piamonte y en parte también contra Inglaterra, y reclamó la garantía de las grandes potencias en favor de la integridad de su reino; pero á pesar de la indignación que mostraron la mayor parte de los gabinetes, excepto acaso el inglés, ninguno se manifestó dispuesto á encargarse de este compromiso.

En tal situación, Napoleón III, en quien Europa tenía los ojos fijos, debía escoger entre tres políticas: 1.^a Aceptar francamente la unidad italiana y ponerse á la cabeza del movimiento; 2.^a Combatir la unidad, defendiendo con energía al Papa y al rey de Nápoles; 3.^a Observar una actitud expectante, invocando el principio de no intervención, y dejarse llevar por los acontecimientos en lugar de dirigirlos.

Este último partido fué el que el emperador adoptó.

Así pues, cuando el 12 de junio se presentó en Fontainebleau, donde se hallaba la corte, el conde de San Martino, nombrado por Francisco II su embajador extraordinario, el emperador, después de escucharle con paciencia, le contestó que concedería su apoyo á aquel monarca con la condición de que otorgara una organización autónoma á Sicilia, de que promulgara el régimen constitucional en su reino y en fin de que procurara entrar en inteligencia con el Piamonte. A las protestas del enviado napolitano, en especial por lo que se refería á la última condición, replicó: «Hay que tener en cuenta que estamos en el terreno de los hechos. No deseo la anexión de la Italia meridional; pero tampoco puedo deshacer lo que he creado, ni renunciar al principio de no intervención. Cavour es hombre de buen sentido, conoce los peligros de la revolución y no quiere proceder sino progresivamente: entendeos con él.» Y con esto puso fin á la audiencia.